

¡Perfumes de la Alameda!  
 Ay, la grata compañía  
 de Roberto Meza Fuentes  
 y Raimundo Echeverría!  
 Admiraciones abstractas  
 eran mechas de energía;  
 ¡don Alejandro Venegas  
 y don Enrique Molina!  
 Polvo de oro en alas rosas  
 de mariposas cautivas,  
 camino de no sé dónde  
 ya pasaron esos días.  
 Yo voy en busca de un sueño  
 de engañosa perspectiva,  
 ciego voy de los dos ojos,  
 guiado por las esquilas.  
 Y voy diciendo hacia adentro:

voz de Talca, tú me guías;  
 por mis venas pasan voces  
 lejanas y nunca oídas,  
 y otra vez el repicar  
 lento y largo, las esquilas . . .  
 Calle tres sur y once oriente  
 donde mi madre vivía,  
 esponja de todas hieles,  
 de todo dolor sonrisa,  
 plegaria dulce, tormento.  
 ¿Quién me los devolvería?  
 Ya me voy con una copla  
 sobre la boca encendida,  
 y en el corazón clavada  
 la saeta de una avispa.

*Ausencia.* Imprenta Universitaria. Santiago, 1932.  
 Págs. 27-31.

NICANOR PARRA

## Epopeya de Chillán

Que se levante el raudo viento azul del  
 [otoño.  
 que aquí no pasa nada que puramente  
 [todo.

Chillán existe como una rosa blanca  
 sobre mi corazón húmedo y sin palabras.

Chillán, como una alta viña de nomeol-  
 [vides  
 eternamente pura sobre mi alma existe.

Que se levante el agua como un cisne fu-  
 [rioso  
 que aquí no pasa nada que solamente todo.

En la empinada torre de la montaña  
 [canta  
 como un pájaro suelto la nieve y la ma-  
 [ñana.

Chillán, igual que un toro con su clavel  
 [al cuello  
 corriendo como un río como sangre lo sien-  
 [to.

Su caracol de plata retumba en mis oídos  
 y en mis ojos de sombra se establece el ro-  
 [cío.

Chillán no está vencido, Chillán laurel  
 [alzado  
 como en el verde campo los gentiles caba-  
 [llos.

Que se levante el trueno vivo de los tam-  
 [bores  
 y el hortelano alegre que se levante enton-  
 [ces.

Chillán en cada gancho de cada lirio vi-  
 [bra  
 como la espada abierta de la noche som-  
 [bría.

Que la naranja surja de su capullo de  
 [oro  
 que aquí no pasa nada que eternamente  
 [todo.

Levántese el anillo de nuestra mano y  
 [sea  
 levantado el brillante mineral de la tierra.

Chillán igual que un trébol o como un  
 [mar se extiende  
 correcta de lucero su inmaculada frente.

Aún te veo luna y aún turbio diamante  
 derramándote sobre la ciudad como un sau-  
 [ce.

Y así como te veo marfil azul volando  
 así te tiene preso mi pecho de corsario.

Que se levante pido la piedra como un  
 [ángel  
 y la sin par abeja pido que se levante.

Chillán, Chillán el pueblo de la noche se-  
[rena  
dilatada y sencilla como una floresta.

En tus jardines como cansados ruiseño-  
[res  
están tus estudiantes estudiando tus flores.

Chillán, abril celeste y otra cosa celeste  
voy a pasar la vida recordándote siempre.

De ti nació la fina raigambre de la hoja  
y el hocico sangriento de la ruda paloma.

Que se levante entonces como una bestia  
[el día  
que aquí toda una llama que aquí nada ce-  
[niza.

Que se levante el fuego como un caballo  
[de oro  
que aquí no pasa nada que puramente to-  
[do.

Tomás Lago: *Ocho nuevos poetas chilenos*. Edición  
de la Univ. de Chile. Santiago, 1939, págs. 43-45.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA

## La procesión de San Pedro y bendición del mar en Talcahuano (1899)

### EN LAS CALLES

¡Junio! Mes de las aguas, mes de las brisas,  
mes en que hacen los pavos su testamento  
y en que las rubias ostras —monjas clari-  
[sas—  
rompen la celda nácar de su convento;  
mes que en vuelve en corrientes y caman-  
[chacas

las solitarias islas del mar amargo,  
y en que el pasto verde sobra a las vacas  
también está la muerte de mantel largo.  
Hoy es tu último día: lo dice el tono  
de las campanas ebrias y el grito humano  
con que sale a la pesca con su Patrono  
todo lo que hay de lobos en Talcahuano.  
La mar está de gala: por hoy el viento  
se ha metido en los mares, galantemente,  
y en los muelles y ranflas, que es un con-  
[tento,

como furel varado brilla la gente.  
Hierva la mar, de barcas. Las velas curvas  
juegan al sol, llevadas a la bolina,  
y mientras llega el Santo pifian las turbas  
a un bergantín que cruza la Quiriquina.  
¡Qué frescura de tarde! ¡qué algarabía!  
¡qué ladridos de perros y hablar de grin-  
[gos!

si parece que uniera este solo día  
toda la transparencia de diez domingos. . .  
Trajes negros, azules, blancos y rojos  
bordan las serranías que el golfo lame,  
y no hay techos, ni grúas ni cabos flojos  
donde la gente de aguas no se encarama.  
Y la campana suena que ya es locura,

y estallan voladores, que viene el Viejo,  
y de pronto la gente ve al señor Cura  
que sale abriendo cancha por un callejo. . .  
Crece la grita entonces, se oyen los sones  
de la charanga, ondea la masa humana  
y es un mover pañuelos en los balcones  
que parece un incendio cada ventana.  
Trae el olor a incienso la ventolina  
y en seguida, entre coros de canto llano,  
con la Cruz aparecen tras de una esquina  
dos rojos monaguillos y un cura anciano.  
Lento como un navío, cantando a secas,  
sigue después un chantre cubierto de oro,  
lanzando agua bendita con grandes mue-  
[cas,  
para salud del suelo, que aún está moro. . .  
Y en seguida la gente, ya sin aliento,  
ve aparecer con paso que desazona,  
junto al morado Obispo, que va muy len-  
[to,

el coro de Canonjes de la Pencona.  
Solemnes, revestidos, con antiparras  
y dando miraditas, a los balcones  
van cantando el breviario con voces cha-  
[rras,  
entre nubes de incienso y aclamaciones. . .  
Pero el Santo no sale. . . “¿qué le ha pa-  
[sao?”

—grita la turbamulta— y opina un viejo:  
“Es que fuma Ño Peiro y habrá bajao  
pa comprar un cigarro, que el viaje es  
[lejo”. . .  
Chilla una vieja entonces: “¡Perro judío,  
límpiase esos hocicos como Dios manda!  
¿no vís que no son brutos el hijo mío